

1. Crisis hegemónica y mundo multipolar: ¿Qué implicaciones para la cooperación internacional?;
2. Daniele Benzi;
3. Licenciado en Ciencias Políticas;
4. Actualmente aspirante a la Maestría en Estudios Latinoamericanos (UNAM) y al Doctorado en Ciencia, Tecnología y Sociedad (Universidad de Calabria);
5. Calle Ayuntamiento 157, Cuauhtémoc, Col. Centro, México D.F. Tel. 5516987699.
danielebenzi@hotmail.com.

Resumen

Palabras clave. crisis hegemónica, multipolaridad, ayuda internacional, cooperación al desarrollo, Norte-Sur, Sur-Sur.

A pesar de los diferentes e importantes matices, desde hace décadas los analistas del sistema-mundo capitalista coinciden en interpretar la realidad contemporánea como atravesada por una *crisis sistémica*: económica, política y cultural/civilizatoria a la vez, iniciada a finales de los años sesenta, cuyo incierto desenlace no impide constatar como rasgos esenciales una paulatina pérdida de legitimidad del liderazgo estadounidense así como, hasta la fecha, la incapacidad del capitalismo como sistema mundial para dar respuestas a los acuciantes y amenazantes problemas que enfrenta la humanidad.

La ponencia pretende reflexionar sobre el papel y las actuales tendencias de la cooperación internacional al desarrollo tomando como marco de referencia la crisis hegemónica de los Estados Unidos y la eventualidad, aunque aún indefinible en sus efectivas dimensiones y reales contenidos, de una progresiva multilateralización de las relaciones e instituciones internacionales.

Moviendo de un análisis histórico en torno a los orígenes, desenvolvimiento y caracteres tanto de la cooperación al desarrollo Norte-Sur como de la Sur-Sur, se buscará presentar un inventario de temas para debatir acerca de los elementos de continuidad y ruptura de ambas en el nuevo escenario internacional que se va configurando.

Considerando los estudios que muestran claramente como el volumen de la ayuda internacional (más allá de su calidad) dista notablemente de poder equipararse a otros flujos mucho más importantes, se trabajará alrededor de las siguientes hipótesis:

- Ø El conjunto de instituciones, mecanismos y dispositivos que regulan las relaciones entre el Norte y el Sur Global sigue siendo desfavorable para este último, dando lugar en distintos campos – comercial, financiero, militar, tecnológico, etc. - a lo que Llistar (2009) define como “anticooperación”, eclipsando los pocos y hasta discutibles logros alcanzados por el sistema oficial de ayuda al desarrollo;
- Ø La cooperación en general (y no solamente la concesión de ayuda) estaba y sigue siendo guiada por criterios y objetivos que remiten básicamente a parámetros geopolíticos y económicos. Tanto en el caso de la cooperación Norte-Sur como de la Sur-Sur, serán éstos a definir aun más que en el pasado las directrices del futuro sistema de ayuda internacional.

Crisis hegemónica y mundo multipolar: ¿Qué implicaciones para la cooperación internacional?

1. Una caracterización abstracta, determinista, en muchos casos eufórica ha a menudo presentado la *globalización* como si estuviese ocurriendo (o hubiese ya ocurrido) en un *vacío de poder*; esto es, como resultado de impulsos automáticos, y no menos enigmáticos, del mercado. (Saxe-Fernández; Delgado-Ramos, 2004)

Tras el agotamiento de las fórmulas keynesianas de regulación social en los Estados de “bienestar” del centro; interrumpidas o más a menudo fracasadas las distintas variantes de “desarrollismo” en los países periféricos; y, finalmente, a raíz del colapso del bloque soviético, el neoliberalismo ha sido vendido como una nueva y única receta para los problemas del “desarrollo”. *There is no alternative*, nos repetía la Señora Thatcher. Ocultando así lo esencial: el hecho de haber sido una estrategia global, eso sí, pero nacida con el preciso objetivo de restablecer la primacía de los EUA por diferentes razones entrada en crisis ya a finales de los años ‘60. Merece la pena recordar una vez más las palabras que Henry Kissinger pronunciara el 12 de octubre de 1996 frente a los estudiantes del Trinity College de Dublín: “Globalización es simplemente otro nombre para indicar el dominio de los Estados Unidos”.

Desde la perspectiva sistémica o análisis del sistema-mundo, es posible aislar distintos factores que en conjunto ayudan a explicar la naturaleza política de lo que McMichael (1996) ha eficazmente nombrado como el pasaje del “proyecto desarrollo” al “proyecto globalización”. Entre los más importantes habría que destacar en primer lugar la crisis productiva y comercial estadounidense; la del sistema monetario internacional; la crisis del modelo energético; y, finalmente, la crisis del modelo fordista de crecimiento nacional. De acuerdo con Javier Martínez e Irene Maestro (2006) “Dicha crisis supone el punto de inflexión que sitúa la globalización como precisamente el proceso que, desde entonces, intenta relanzar el proceso de acumulación a escala mundial ahora sí, definitivamente, sobre la base de la explotación sin cortapisas de los recursos mundiales y la redefinición de las relaciones internacionales en un sentido supraestatal, es decir, eliminando o relajando las regulaciones estatales (keynesianas y desarrollistas)”.

En los trabajos de Giovanni Arrighi el neoliberalismo es presentado pura y sencillamente como una *contrarrevolución del capital* que, en los hechos, ha desplegado exitosamente hasta finales del siglo pasado una vehemente batalla contra los trabajadores del Norte y el Tercer Mundo en su conjunto. Sin embargo, como es obvio, pese al éxito momentáneo, los resultados han sido muy dispares. Siguiendo en este razonamiento al estudioso italiano recién fallecido, se puede resumir el panorama surgido tras la tormenta neoliberal (o la euforia globalizadora) de esta manera:

En primer lugar, en los años '90 los Estados Unidos lograron revertir el relativo declive de los '60 y '70, mas este revés ha sido enteramente compensado por el deterioro de la posición relativa de Europa del Oeste y del Sur y de Japón. En segundo lugar, en los años '80 tanto África Sub-sahariana como América Latina experimentaron un declive aún mayor del que no se han recuperado todavía, seguidas en los años '90 por un declive relativo igualmente significativo de la antigua Unión Soviética. En tercer lugar, los grandes ganadores han sido los países del Sureste asiático y Japón hasta 1990 y la India y la China en los años '80 y '90, aunque los avances logrados por ésta han sido mucho más sustanciales que los de la India. (Arrighi; Zhang, 2009)

A raíz de la cruzada emprendida por la administración Bush, juntamente al paulatino e incontenible derrumbe de los castillos financieros construidos para contrarrestar el declive de la economía real estadounidense, al calor de la actual crisis el proyecto reaccionario para un “nuevo siglo americano” parecería ya cosa del pasado. Y la hegemonía *yankee*, convertida en una desastrosa tentativa de dominación global.

La noción de un nuevo *Beijing Consensus* parece hasta la fecha dudosa y realmente exagerada, sin embargo Joshua Cooper Ramo (2004) está en lo cierto al afirmar que:

El Washington Consensus ha dejado un rastro de economías destruidas y amargos sentimientos alrededor del globo [...]. La nueva aproximación de China al desarrollo es tan flexible como para que apenas se podría clasificarla de doctrina. No cree en soluciones únicas para todas las situaciones. Se define por una viva defensa de los intereses y fronteras nacionales, y por una creciente [...] acumulación de instrumentos de proyección de poder asimétrico [...]. Mientras que los EUA están persiguiendo políticas unilaterales enderezadas a proteger los intereses de Estados Unidos, China está reuniendo los recursos para eclipsar a EUA en muchas áreas esenciales de los asuntos internacionales construyendo un entorno que dificultará mucho la acción hegemónica de EUA [...]. (cit. en Arrighi; Zhang, 2009)

No se trata exclusivamente de la posición de China, aunque evidentemente esa nación juegue un papel destacado. Países como Rusia, Sudáfrica, India, Brasil, mencionando sólo a los más poderosos, así como el perfilarse de inéditas alianzas, bloques regionales y nuevos esquemas de cooperación Sur-Sur, más que en un improbable *Beijing Consensus* hacen inclinar la mirada hacia un posible (pero meramente eventual) resurgimiento del espíritu de Bandung sobre nuevas bases.

Al mismo tiempo y hasta la fecha no se puede excluir tampoco alguna forma de cooptación parcial o total por parte de los países centrales de los grandes “emergentes” donde hoy día se concentra el grueso de la acumulación mundial, ni tentaciones reaccionarias globales o más bien localizadas regionalmente como las ocurridas en los años '80. La primera hipótesis es bien sustentada en las nociones de “imperialismo colectivo” (Amin, 2004) o de “multipolaridad opresiva” (Katz, 2009) que reemplazaría o simplemente se sumaría al imperialismo de la tríade. En

este sentido, hay señales contradictorias en el plano político y militar mas, sobre todo, en la esfera económica, pues, escasos elementos para intentar pronósticos que vayan más allá de las meras conjeturas.

Lo que parece cierto, sin embargo, es que por más que cada uno de los países apenas mencionados trate de una manera u otra de abrir (o reabrir) espacios para una lenta y progresiva multilateralización de las relaciones e instituciones internacionales, ninguno de ellos hasta la fecha parece haber experimentado o querer experimentar cambios significativos más allá de la lógica capitalista: ni en los patrones de acumulación y desarrollo dominantes (sobre todo en lo que se refiere al medio ambiente y a los modelos de consumo) ni en los mecanismos de democracia interna, liberal o “socialista de mercado”. Como resalta Alain Gresh (2008) desde las páginas de *Le Monde Diplomatique* “Ninguno de estos Estados está animado por una ideología global, como lo estaba la Unión Soviética. Ninguno se presenta como un modelo alternativo. Todos han aceptado, en mayor o menor medida, la economía de mercado. Pero ninguno piensa en transigir con sus intereses nacionales”. La defensa del interés nacional y la “vuelta” del Estado como actor internacional estratégico y agente económico representan pues las verdaderas novedades.

Con respecto al tema de las nuevas regionalizaciones y de la cooperación Sur-Sur, se puede destacar que existen ya diversos ejemplos en las relaciones políticas y económicas entre los nuevos “emergentes” y los países “subdesarrollados” de los cuales se desprende en modo bastante evidente la reproducción del patrón Norte-Sur. Sin embargo, en el corto y tal vez mediano plazo, aparecen y a menudo son realmente mucho más convenientes.

En todo caso, cabe recordar que no se trata de algo completamente nuevo. Ya a finales de los años ‘60 Ruy Mauro Marini acuñaba el concepto de *subimperialismo* con respecto a la política exterior de la dictadura brasileña para explicar este fenómeno. Y con objetivos sensiblemente diferentes pero en la misma línea de argumentación, desde hace mucho Immanuel Wallerstein emplea la categoría de *semiperiferia* en su análisis del sistema-mundo capitalista. Ambas expresiones recobran hoy día mucha actualidad, pues “permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo” que “periódicamente transforma las relaciones de fuerza en el mercado mundial”. (Katz, 2009) Además, releendo el Informe sobre *La crisis económica y social del mundo* que Fidel Castro presentara en 1983 en la VII Cumbre de Países no alineados de La Habana, en el apartado sobre la cooperación Sur-Sur y la integración regional semejantes problemáticas vienen ya abordadas con una lucidez extraordinaria.

¿Qué implicaciones tiene (y eventualmente tendrá) todo esto con el sistema de cooperación internacional al desarrollo?

2. La “cooperación para el desarrollo” y el mismo concepto de “desarrollo” emergen históricamente como subproducto del conflicto Este/Oeste y del conflicto Norte/Sur, es decir, de los procesos abiertos por los movimientos de liberación nacional y las dinámicas de la descolonización al cabo de la II Guerra Mundial y al comienzo de la Guerra Fría.

Los imperativos de la confrontación bipolar, el gobierno de la descolonización, los anhelos de modernización de las elites nacionalistas en los países del Tercer Mundo y, finalmente, la necesidad de otorgar un rol operativo a las nuevas instituciones internacionales en el marco determinado por la Guerra Fría, se convirtieron a la postre en las piezas fundamentales para la constitución del actual sistema de cooperación al desarrollo o, que es lo mismo, del “área política” de la ayuda internacional. Un campo de acción, pues, dominado desde el principio por la presencia simultánea de múltiples actores, instituciones e intereses ora concurrentes ora en conflicto, cuyas vinculaciones recíprocas se podría declinar a través de un prisma en el que conviven a *grossomodo* tres clases de relación: subordinación, convergencia, negociación/resistencia.

Como sostiene José Alonso (1999), “A través de la ayuda, las antiguas metrópolis – y los países del Norte en general – se dotan de un mecanismo concesional que facilita la adscripción de los países en desarrollo al nuevo orden internacional constituido; al tiempo que permite a los países industriales disponer de un instrumental especializado para expandir – o preservar – sus áreas de influencia política y económica en el Sur, en virtud de los lazos de dependencia que genera el carácter graciable y discrecional de sus asignaciones”. (cit. en Maestro, 2000) De manera que en esa época, uno de los propósitos básicos de la ayuda es el fortalecimiento del Estado y su adscripción a un determinado bloque de poder. Por otra parte, pese a que el donante tuviese siempre la última palabra dado el carácter graciable y discrecional de los recursos otorgados, recuerda correctamente Sogge (2002) que “Los gobernantes poscoloniales han mostrado mucha destreza para convertir su dependencia de la ayuda en un instrumento de poder, incluso de poder respecto a los donantes”. La negociación de la ayuda era en este sentido una manera de afirmar soberanía y no alineamiento.

Tras la crisis de los años setenta y aun más después de la caída del bloque soviético, la cooperación al desarrollo ha sido volcada cada vez más hacia los objetivos del “proyecto globalización”: en la promoción de las privatizaciones, negociación de políticas favorables al comercio y a la inversión corporativa; en la reducción del papel del Estado como agente económico y en el desmantelamiento de los servicios públicos; en la promoción de una agenda dominada por los temas de la seguridad y de la gobernabilidad; y, eventualmente, consagrada a asegurar el regular pago de la deuda externa. Es decir, a pesar de la evidente exclusión que ese proceso iba generando, está enfocada como instrumento para la “inserción de éxito” de los países en vía de desarrollo en el mercado mundial, implicando pues como uno de sus corolarios el nacimiento del objetivo estrella

de la lucha contra la pobreza. En línea con ese programa, se asiste paralelamente a la proliferación y creciente privatización de las ONGs así como a la “oneigización” de las corporaciones, mientras que los numerosos conflictos estallados a raíz del agotamiento del equilibrio bipolar favorece ese peculiar fenómeno conocido como la militarización de la ayuda. El obvio resultado ha sido el creciente protagonismo del asistencialismo y de la emergencia en detrimento de una concepción que mira al “desarrollo” como a un proceso de autonomía y empoderamiento en el largo plazo. Y la “condicionalidad”, de instrumento blando para la concesión de ayuda, se cristaliza en demandas formales de diseño e implementación de las políticas económicas de Estados supuestamente soberanos. En síntesis, a pesar de los recursos decrecientes en términos absolutos, se nota una expansión sin precedentes de la agenda y misión de la cooperación al desarrollo.¹

La cooperación entre los países en desarrollo nació en contraposición al eje Norte-Sur. Su evolución, desde Bandung (1955), se ha movido paralelamente a la institucionalización de los mecanismos de concertación política y económica como el Movimiento de Países no Alienados o el G77. El fortalecimiento de la capacidad de negociación colectiva frente al Norte representa su objetivo básico, caracterizándose hasta mediados de los años setenta por un perfil netamente político-ideológico más que económico-comercial. Tras el shock petrolero de 1973, la quimera de un Nuevo Orden Económico Internacional hizo pensar por un momento que los países del Sur, en conjunto, tuvieran fuerzas suficientes como para revertir las reglas de funcionamiento del sistema internacional al que se oponían. La contrarrevolución monetarista, a raíz de la crisis de la deuda, se encargaría de disipar esa clase de ilusiones a la vez que lograría desarticular momentáneamente incluso en el plano político la precedente solidaridad Sur-Sur.

Según Gladys Lechini (2007), ese modelo de cooperación “fracasó por su naturaleza general y su amplia esfera de acción: la falacia del argumento era la premisa básica que todos los países en vías de desarrollo tenían más cosas en común que las que poseían en realidad y que las soluciones a sus problemas podían ser aplicadas uniformemente con el mismo éxito”. Y en efecto, sigue la autora:

Durante los noventa, los efectos de la globalización mostraron que habría nuevos ganadores y perdedores, pero también que casi ninguno de estos ganadores estaba entre los países en desarrollo. Dicha toma de conciencia, aunada a la decepción en torno de las posibilidades de que el nuevo sistema de gobierno global basado en las denominadas IFIS (instituciones financieras internacionales) y la

¹ Merece la pena citar a dos autores que se refieren a la Agenda sueca de cooperación en estos términos: “Una agencia de ayuda de hoy recuerda a unos antiguos grandes almacenes, abasteciendo toda necesidad humana imaginable. La ayuda sueca, por ejemplo, ha decidido asistir a los países en desarrollo a reducir su pobreza. Trabajaré, además, para estimular el crecimiento económico, una distribución del ingreso socialmente aceptable, la igualdad de género, la protección del medioambiente y contribuir al desarrollo de la democracia y al respeto de los derechos humanos.” (Carlsson; Wohlgemuth, 2000, cit. in Sogge, 2002).

Organización Mundial de Comercio (OMC) pudiese contribuir a sostener un orden internacional más justo, llevaron a los gobiernos de los países del Sur a repensar la idea de la cooperación horizontal, esta vez de manera más selectiva en términos de actores y temas, tomando las lecciones de la experiencia pasada. (idem)

Así que tanto a nivel regional, en donde el énfasis está puesto en los distintos esquemas y mecanismos de integración; como interregional o multilateral global, en donde predominan ora las relaciones económicas y alianzas intercontinentales (como el IBSA o el grupo BRIC), ora la acciones coordinadas en el marco de los organismos internacionales (como el G20 o el G90), se asiste a un resurgimiento de la cooperación Sur-Sur sustentada en la envidiable posición económica alcanzada por los “nuevos emergentes”. Ésto es lo que marca la verdadera diferencia con la cooperación Sur-Sur de antaño.

3. Desde la perspectiva sistémica, la cooperación para el desarrollo Norte-Sur constituye sólo una parte - más o menos relevante según el área y periodo considerado - de las relaciones entre el centro y la periferia del sistema mundial de formaciones sociales. (Maestro, 2000) El conjunto de instituciones, mecanismos y dispositivos que hasta la fecha regulan las relaciones entre el Norte y el Sur Global sigue siendo desfavorable para este último, dando lugar en distintos campos – comercial, financiero, militar, tecnológico, etc. - a lo que Llistar (2009) define como “anticooperación”, eclipsando los pocos y hasta discutibles logros alcanzados por el sistema oficial de ayuda al desarrollo. Por la misma razón, ayer igual que hoy la mayoría de las acciones emprendidas por la cooperación Sur-Sur apuntan a modificar las reglas de lo que el presidente Lula ha definido recientemente como una "globalización asimétrica y disfuncional", pero hoy en día en un plan cada vez más político-económico y mucho menos ideológico. Como parte importante de ese programa, los países de renta media y sobre todo las nuevas potencias emergentes, además de seguir siendo la mayoría de ellas receptoras de ayuda, profundizan en su papel de “donantes emergentes”, por lo demás asumido desde hace ya varias décadas, compitiendo o juntándose con los donantes tradicionales tanto bilateral como multilateralmente.

En este sentido, a pesar de las opiniones aún tan difundidas acerca del carácter apolítico y esencialmente técnico de la actual ayuda al desarrollo, ningún análisis serio encontraría dificultad para mostrar que se trata de pura mitología. El régimen de cooperación constituido históricamente y aún operante aparece como “un sistema de poder que se integra en la esfera más amplia de la política internacional”. (Sogge, 2002) Por eso, resulta evidente el porque “La ayuda internacional ha sido tradicionalmente [y sigue siendo] el dominio de las élites políticas y de ciertos grupos de negocios con proyección exterior” (idem), sectores a los que cabe añadir en tiempos recientes un

número cada vez creciente de transnacionales “oneigizadas” y de ONGs con vocación transnacional, así como de una burocracia internacionalizada de intermediarios, asesores, consultores, expertos y estudiosos, tanto de organismos públicos como privados, despectivamente tildados por los críticos de “gestores del subdesarrollo” o “profesionales de la pobreza”. De ahí que se haya podido hablar de una “industria” de la ayuda que, a pesar de los pocos éxitos y muchísimos fracasos, ha demostrado una insospechable capacidad de adaptación, mimetismo y supervivencia. Al fin y al cabo este complejo sigue respondiendo a ciertas características que sirven funcionalmente variados intereses brillantemente resumidos por David Sogge (2002) en la siguiente manera:

- Ü una industria de servicios financieros que promueve las exportaciones y el crédito blando y que tácitamente asegura a los acreedores contra deudas serias;
- Ü una industria de servicios técnicos que mejora el saber hacer y la infraestructura;
- Ü una industria de la imagen y de la complacencia que consigue aliviar la culpa y complacer sutilmente a una autoridad paternalista;
- Ü una caseta de herramientas llena de palos y de zanahorias para adiestrar y disciplinar políticamente a los clientes;
- Ü una industria ideológica y del conocimiento que diseña agendas políticas y modela normas y aspiraciones.

Ø **Motivos sociopolíticos estratégicos:**

A corto plazo: En el exterior, recompensar y mantener al cliente políticamente “próximo” durante las negociaciones, guerras u otro tipo de crisis; apaciguar las protestas e insurrecciones públicas; suministrar una base al trabajo de inteligencia; influir en la toma de decisiones en los foros internacionales. En el ámbito doméstico, recompensar o conservar la lealtad de circunscripciones étnicas o políticas;

A largo plazo: En el exterior, conseguir acceso regular a los más importantes receptores, asegurando su lealtad; ganar o acrecentar la aceptación de una doctrina o modelo de desarrollo; reforzar la posición del país en el sistema económico, político y militar; estabilizar las tendencias demográficas o económicas en un país o región con el fin de refrenar efectos no deseados, tales como terrorismo o migraciones; determinar y dirigir agendas políticas y económicas en instituciones internacionales. En el ámbito doméstico se trata de consolidar el apoyo político del votante y contribuyente, especialmente del sector privado.

Ø **Motivos mercantiles:**

A corto plazo: En el exterior, aprovechar oportunidades comerciales y en el propio país, promover los intereses de un sector en los negocios y empleos que genera; mejorar la balanza de pagos del prestamista/donante; asegurar la solvencia de los bancos acreedores, públicos y privados.

A largo plazo: En el exterior, ganar, expandir y proteger el comercio y las oportunidades de inversión, incluido el acceso a materia primas y mano de obra barata; garantizar la observancia de las reglas económicas en las instituciones internacionales; en casa consolidar y proteger algunos sectores económicos.

Ø **Motivos éticos y humanitarios:**

A corto plazo: Mostrar compromiso y compasión por las víctimas de las guerras y las catástrofes naturales.

A largo plazo: En el exterior, mostrar preocupación por la pobreza, los abusos sobre los derechos humanos y compensar por los daños causados. En el ámbito doméstico, se trata de mostrar solidaridad con un grupo o país particular y arrogarse un alto rango moral.

4. José Alonso (2002) se ha preguntado si “es razonable que sean los mismos países que se benefician del asimétrico sistema de relaciones internacionales a quienes se encomiende a través de la ayuda, corregir las consecuencias perniciosas de este sistema”; y dentro de la industria de la ayuda, si es “posible que un instrumento que se fundamenta en una relación sustancialmente asimétrica aliente el equilibrio entre las partes”. Sin embargo, este panorama está cambiando a la luz del ingreso de nuevos actores en un campo hasta hace poco prácticamente monopolizado por los países del Norte.

Tras las recientes cumbres del BRIC y del IBSA en Brasil, un analista ha afirmado enfáticamente que un nuevo orden internacional se está cocinando. Hasta que este proceso se haya estabilizado, es decir, que un nuevo equilibrio rija las relaciones internacionales, lo que implicaría por lo menos la reforma de las IFIs, de las Naciones Unidas, la conclusión de la Ronda de Doha y un consenso de largo alcance y a mediano plazo en torno a la gestión del cambio climático, la “ayuda al desarrollo” seguirá siendo un instrumento de proyección geopolítica y/o penetración económica, con escasas perspectivas para incidir sobre las cuestiones cruciales de nuestro tiempo, en el que, no cabe duda alguna, la “cooperación internacional” brilla por su ausencia.

Bibliografía

- ALONSO, J. (2002), *Prólogo* a SOGGE, D., *Dar y Tomar. ¿Qué sucede con la ayuda internacional?*, Icaria Editorial, Barcelona.
- AMIN, S. (2004), «Geopolítica del imperialismo contemporáneo», en BORON, A. (compilador), *Nueva Hegemonía Mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, CLACSO, Buenos Aires. Versión consultada en la página de la biblioteca virtual www.clacso.org.
- ARRIGHI, G., ZHANG, L. (2009), «Beyond the Washington Consensus: a new Bandung?», en <http://www.newleftreview.org/assets/pdf/ArrighiNewBandung.pdf>.
- CASTRO, F. (1983), *La crisis económica y social del mundo*, informe presentado en la VII Cumbre de Países no alineados, publicación del Consejo de Estado, La Habana.
- DUBOIS, A. (2000), *Equidad, Bienestar y Participación. Bases para construir un desarrollo alternativo. El debate sobre la cooperación al desarrollo del futuro*, Cuadernos de Trabajo de Hegoa n.26.
- GRESH, A. (2008), «El Consenso de Pekín. Al alba de un siglo post-estadounidense», en *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2008.
- KATZ, C. (2009), «América Latina frente a la crisis global», en www.lahaine.org.
- LECHINI, G. (2007), «IBSA: una opción de cooperación Sur-Sur», en GIRON, A. ; CORREA, E. , *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*, CLACSO, Buenos Aires.
- LLISTAR, D. (2009), *Anticooperación. Interferencias Norte-Sur. Los problemas del Sur Global no se resuelven con más ayuda internacional*, Icaria editorial, Barcelona.
- MAESTRO, I. (2000), «El papel de la cooperación para el desarrollo en el contexto de la globalización», en www.redem.buap.mx.
- MAESTRO, I., MARTINEZ, J. (2006), «Elementos de discusión sobre la cooperación para el desarrollo en el capitalismo global», X Jornadas de economía crítica, Barcelona. Disponible en <http://www.redem.buap.mx/espanol.htm>.
- MCMICHAEL, P. (1996), *Development and Social Change: A Global Perspective*, Pine Forge Press, U.S.
- SAXE-FERNANDEZ, J., DELGADO-RAMOS, G. (2005), *Imperialismo y Banco Mundial*, Editorial Popular Madrid.
- SOGGE, D. (2002), *Dar y Tomar. ¿Qué sucede con la ayuda internacional?*, Icaria Editorial, Barcelona.